



S. BRUNO, C.

la delicia verdadera, el gusto y la paz residen únicamente en una buena conciencia; en una conciencia justa, que no trueque los nombres de las cosas: en todo lo demás, por mas que tu imaginacion te abulte las cosas, jamás encontrarás sino vanidad y afliccion de espíritu.

DIA SEIS

SAN BRUNO, CONFESOR.

San Bruno, restaurador de la vida solitaria en el Occidente, gloria de su siglo, admiracion del mundo cristiano, y fundador de una de las mas ilustres y mas santas religiones de la Iglesia de Dios, nació en Colonia por los años de 1030. Era su familia de las mas antiguas y de las mas nobles del país, y sus padres mas distinguidos por su ejemplar virtud, que por sus grandes riquezas y por el esplendor de su sangre. Merecióle Bruno su particular cariño por su bello natural, por su entendimiento elaro, vivo y despejado, por una memoria feliz, y por su gran docilidad, acompañado todo de una inclinacion á todo lo bueno, poco ordinaria en los niños de su edad; prendas todas que le hacian mas amable, y que empeñaron á sus padres en aplicarse con mayor especialidad al cuidado de su educacion. Esta costó poco, y sus bellos talentos naturales, ayudados de las particulares gracias con que el cielo le previno, ahorraron mucho trabajo á los maestros. Asegura el autor mas antiguo de la historia de su vida que nunca se notó cosa que oliese á puerilidad en sus costumbres. Observábasele siempre muy ajeno y muy superior á las ni-

neces de su edad; y su virtud, junta con la tierna devocion que profesaba á la santísima Virgen, la que dejó despues como en herencia á sus hijos, preservó su inocencia en todos los peligros.

Añadiéndose á su extraordinario juicio y madurez una excelente capacidad, hizo maravillosos progresos en las ciencias. Sobresalió mucho en las letras humanas; pero mucho mas en la sagrada teología y en el estudio de los santos padres; de manera que constantemente era reputado por uno de los mas hábiles doctores de su tiempo. Enviáronle á Paris para que se perfeccionase en aquella universidad: graduóse en ella; y aunque todavía muy jóven, enseñó con aplauso la filosofía. Extendida con admiracion la fama de la santidad y de la sabiduria de Bruno, san Annon, arzobispo de Colonia, no quiso que su iglesia estuviese privada por mas tiempo de un sugesto que tanto la podia ilustrar. Llamóle, y proveyó en él un canonicato de la iglesia de San Cuniberto de Colonia. Confióle los primeros órdenes sagrados; pero creciendo cada día su reputacion, luego que murió san Annon, le eligió la iglesia de Reims por su magistral, y poco despues fué nombrado cancelario y rector de las escuelas públicas.

Era san Bruno el ejemplo y la admiracion de todo el clero: edificaba á toda la ciudad con la pureza de sus costumbres, cuando por vias simoníacas se introdujo Manasés en la silla arzobispal de Reims, procurando mantenerse en ella por todo género de violencias y de disoluciones. Parecióle á nuestro santo que no debía disimular el dolor que le causaba aquel escándalo. Por otra parte, su vida ejemplar era una silenciosa, pero penetrantísima censura de la licenciosa y desordenada que traía aquel mercenario pastor, lo que le puso de tan mal humor contra san Bruno, que le trató muy mal, é hizo todo cuanto pudo para per-

derle. Pero habiendo sido ignominiosamente arrojado de la silla arzobispal el indigno prelado, despues de excomulgado por el legado del papa, convinieron todos en que fuese sucesor el santo magistral, que, noticioso de esto, se sobresaltó mucho. Escapóse secretamente, y supo esconderse tan bien, que fué preciso proceder á la eleccion de otro, la que recayó en Rainaldo de Bellay, tesorero de la santa iglesia de Tours. Algunos historiadores modernos quieren decir que estas inquietudes de la iglesia de Reims, añadidas al tedio que causaban á nuestro santo todas las vanidades del mundo, fueron el motivo principal de la resolucion que tomó de retirarse á un espantoso desierto para entregarse únicamente al importante negocio de su salvacion. Pero se hace poco verisimil que una causa tan lijera produjese un efecto tan ruidoso, ni que una vida tan inocente y tan arreglada se condenase por tan leve motivo á tan espantosa penitencia. Parece que una resolucion tan generosa y tan repentina habia de tener principio de mas estruendo.

Es tradicion en la sagrada religion de cartujos, tan antigua como ella misma, autorizada por el testimonio del célebre Juan Gerson, cancelario de la universidad de Paris, por el de san Antonino, y por el de todos los hombres grandes que ha habido en la Cartuja, que la verdadera causa de la repentina resolucion que tomó nuestro santo de ir á esconderse, ó á enterrarse vivo en un horroroso desierto, y de hacer en él la mas austera y la mas penitente vida, fué uno de los sucesos mas extraños y mas temerosos que acaecieron jamás en el mundo.

El autor mas antiguo de la vida de nuestro santo, que la escribió el año de 1150, es decir, cuarenta y nueve años no mas despues de su muerte, y que hace una exacta y menuda relacion de todo lo sucedido

desde los primeros pasos de la órden; cierto santo monje de la cartuja de Merya, que vivía por los años 1270; Guillermo de Erbura, que escribió en el de 1313; el autor de la Crónica de los priores de la Cartuja, que floreció en el de 1383; Enrique de Kalkar, que en el año de 1398 compuso un tratado del origen de esta ilustre religion; en fin, el célebre Dionisio Cartusiano, que murió el año de 1471; y Surio, de la misma sagrada órden; todos estos varones, que no eran ni simples, ni crédulos, ni visionarios, hacen opinion mucho mas probable que aquellos criticos del siglo décimoséptimo, que fueron los primeros en levantar el grito y dar por apócrifa esta venerable tradicion. El modo con que refieren todos estos antiguos historiadores el terrible suceso de que se valió Dios para mover á san Bruno á que se fuese á sepultar vivo en una horrorosa soledad es el siguiente.

Hallábase nuestro santo en París, cuando murió, recibidos todos los sacramentos, un famoso doctor de aquella universidad, hombre, al parecer de todos, de una suma bondad, generalmente reputado por muy virtuoso; y llevado á la iglesia para darle sepultura, cuando se le estaba cantando el oficio de difuntos de cuerpo presente, al llegar á la cuarta leccion que comienza *Responde mihi*, el cadáver levantó la cabeza en el féretro, y con voz lastimosa exclamó: *Por justo juicio de Dios soy acusado*: dicho esto, volvió á reclinar la cabeza como antes. Apoderóse de todos los asistentes un general terror, y se determinó dilatar para el dia siguiente los funerales. Este dia fué mucho mayor el concurso: volvióse á entonar el oficio, y al llegar á las mismas palabras, vuelve el cadáver á levantar la cabeza, y á exclamar con voz mas esforzada y mas lastimera: *Por justo juicio de Dios soy juzgado*. Duplicóse en todos los concurrentes el espanto; y se resolvió diferir la se-

pultura para el tercer dia. En él fué inmenso el concurso: dióse principio al oficio como los dias precedentes, y cuando se cantaron las mismas palabras, levanta el difunto la cabeza, y con voz verdaderamente horrible y espantosa exclamó: *No tengo necesidad de oraciones; por justo juicio de Dios soy condenado al fuego sempiterno*. Ya se deja discurrir la impresion que haria en los ánimos de todos un suceso tan funesto. Hallóse presente Bruno á este triste espectáculo, y se le grabó tan profundamente, que, retirándose todo estremecido y todo horrorizado, determinó dejar cuanto tenia, y enterrarse en algun horroroso desierto para pasar en él toda la vida, entregado únicamente á ejercicios de rigor, de mortificacion y de penitencia. Parecia necesario un suceso tan trágico para una resolucion tan generosa. Estando en estos pensamientos, le entraron á ver seis amigos suyos; y apenas tomaron asiento cuando con las lágrimas en los ojos les dijo: *Amigos, ¿en qué pensamos? Condenóse un hombre, que á juicio de todos hizo siempre una vida tan cristiana; ¿pues quién podrá fiarse ya con seguridad del testimonio que le dé su equivocada conciencia? ¡Oh qué terribles son los altos juicios de Dios! El difunto ya no habló para sí; á nosotros se dirigió el grito de aquel espantoso milagro. Por lo que á mi toca, ya he tomado mi partido; resuelto estoy á abandonarlo todo para siempre: beneficios, empleos, rentas, todo se acabó ya para mí; voy á enterrarme vivo en el desierto mas horroroso que encuentre, y allí voy á pasar la vida en amargura, en soledad y en penitencia*. Movidos todos aquellos amigos, ya de lo que habian visto, ya de lo que le acababan de oír, protestaron que todos estaban en el mismo pensamiento, y en la misma resolucion, prontos todos á seguirle. Llamábanse estos Landino, que despues de san Bruno fué el primer prior de la gran Cartuja.

Estéban de Bourg y Estéban de Dié, ambos canónigos de San Rufo en Valencia del Delfinado; un sacerdote, por nombre Hugo, y dos laicos, que se llamaban Andrés y Guerino. Comenzaron á discurrir sobre el desierto adonde se retirarian, y los dos canónigos de San Rufo dijeron que en su país habia un santo obispo, cuyo obispado tenia muchos bosques, muchos peñascos inaccesibles, y muchos sitios inhabitables, y que no dudaban de su zelo y de su gran bondad que favorecería sus intentos si recurrian á él. Era este santo prelado san Hugo, obispo de Grenoble, célebre por su santidad, y uno de los mayores prelados de su siglo. Aplaudieron todos este parecer.

Hecha por san Bruno la dimision de su prebenda y la renuncia de todo, tomó el camino del Delfinado con sus seis compañeros, y se echó á los piés del santo obispo de Grenoble, pidiéndole se sirviese conceder á todos siete un sitio solitario donde poder retirarse. Acordóse entonces san Hugo de un sueño que habia tenido la noche antecedente, en que le pareció veia al mismo Dios que se estaba fabricando á sí propio un templo en un desierto de su obispado, que se llamaba la Cartuja, y que siete estrellas, elevadas de la tierra en forma de circulo, iban delante del mismo obispo como para mostrarle el camino. Mandólos sentar á todos, y habiéndoles preguntado el asunto de su viaje, tomó la palabra san Bruno, dice Surio, y despues de referirle el prodigioso suceso de Paris, le suplicó fuese servido señalarles algun desierto donde pasasen la vida haciendo penitencia, y retirados de todo humano comercio. Luego que Hugo oyó su relacion, les refirió, les explicó, y les aplicó la vision que habia tenido, no dudando que aquellos siete forasteros estaban significados en las siete estrellas misteriosas. Abrazólos con ternura, alabó sus generosos intentos, ofrecióles el desierto de la Cartuja, y se le

pintó de esta manera: *Si buscáis un sitio inaccesible á los hombres, no hallaréis otro que menos haya pisado humana planta; pero advertid que es una silenciosa soledad, cuya vista sola estremece y horroriza; es un conjunto de peñas escarpadas, cuyas puntas suben hasta esconderse en las nubes: cubrenle todo el invierno las nieves y oscurecenle las nieblas, siendo el frio por una parte insujrible y por otra interminable; en una palabra, es un lugar que hasta ahora solo le han poblado las fieras.* Viendo que esta pintura, lejos de acobardarlos, encendia mas su terror, añadió: *Conozco claramente que Dios os destina para esta horrorosa soledad; el mismo Señor sabrá manteneros en ella.* Detúvolos algunos dias en su palacio para que se recobrasen de las fatigas del camino; y despues el mismo prelado los acompañó hasta ponerlos en posesion del sitio que les señalaba. No contento con cederles todo el derecho que á él pertenecia, se ofreció á indemnizar al señor de las pretensiones que podia tener, aunque no fuese mas que para el ejercicio de la caza, todo con el fin de que ninguna cosa pudiese turbar ni inquietar su soledad. Lo primero que hicieron Bruno y sus compañeros fué fabricar un oratorio ó capilla en honor de la santísima Virgen, con unas celdillas á moderada distancia unas de otras, en un terreno que se extiende un poco entre tres grandes peñascos, á cuyo pié brota una pequeña fuente que hasta el dia de hoy se llama fuente de san Bruno, todo cerca de la capilla, que desde entonces se intituló Santa Maria de las Chozas: *Sancta Maria de Cassallibus.* Comenzaron estos ángeles en carne humana á habitar aquel desierto, y á hacer en él la vida mas austera y mas penitente que se habia visto en la Iglesia por aquellos dias inmediatos á la festividad de san Juan Bautista del año 1084.

Tal fué la célebre época, ó el nacimiento de la admirable religion de los cartujos; porcion tan dis-

tinguida y tan estimada en el rebaño del Señor; seminario de santos, gloria de la religion, y uno de los baluartes mas firmes del cristianismo. De aquella venerable religion, que puede contar tantos predeterminados como individuos; y que despues de casi setecientos años conserva el vigor y el espiritu de su primitivo instituto, sin haber aflojado, ni sufrido nunca lá mas mínima relajacion, ni en la exactísima observancia de sus antiguas costumbres, ni en la constante severidad de su rigurosa penitencia: de aquella religion verdaderamente ilustre por la multitud de santos obispos, arzobispos, patriarcas y cardenales como ha dado al mundo cristiano, y por el número mucho mayor de los que constantemente se resistieron á los honores de la púrpura, y aun á la dignidad suprema de la Iglesia: de aquella religion, en fin, que, aventajándose en la soledad, en la abstinencia, en la multiplicidad de las oraciones, en la continuacion de los ayunos, en el silencio y en las penitencias á los mas antiguos solitarios del Oriente, une y junta dentro de su seno toda la perfeccion evangélica, y por el ejercicio de todas las virtudes ella sola es el elogio mas magnifico de la religion de Jesucristo.

Por la santidad y por la exacta observancia de los cartujos de nuestros tiempos se puede fácilmente inferir cuánta seria la santidad y cuál seria la vida de aquellos primeros padres. Su riguroso ayuno era continuo, y su perpetuo silencio solo se interrumpia para cantar en el coro las alabanzas del Señor. Fuera de la indispensable abstinencia de carne, aun en las mas graves y peligrosas enfermedades; además de la perpetua clausura y del cilicio de que jamás se desnudaban, siendo este uno de los puntos esenciales de la regla, estaban expuestos á todas las inclemencias del tiempo en aquellas reducidas chozas. Todos eligieron por superior suyo á san Bruno, y san Hugo le

nombró por tal á pesar de su resistencia, siéndolo en la realidad por su raro mérito y por su eminente virtud. Era el mas humilde, el mas pobre, el mas mortificado, el mas observante, y no parecia posible modelo mas cabal de la vida monástica. Pero aquel mismo santo obispo de Grenoble, que al principio adoptó por hijo suyo á san Bruno, admirado despues de su sabiduría y de su santidad, le tomó por su director y maestro de la vida espiritual; tanto, que, sin acobardarle la aspereza del camino, hacia tan frecuentes viajes á la Cartuja para pasar en ella algunos dias siguiendo la vida de los monjes bajo la direccion de san Bruno, que algunos creyeron habia tomado el hábito, haciéndose en todo su discípulo.

Pero cuando mas contentos estaban aquellos santos solitarios, disfrutando el consuelo y la dulzura del gobierno de san Bruno, tomando su vida por modelo de la suya, se vieron muy á pique de perderle para siempre. Habiale conocido y tratado mucho en Reims el papa Urbano II; y resuelto á valerse de su capacidad y de sus consejos para el gobierno de la Iglesia, le expidió un breve, mandándole pasase luego á Roma, cuando apenas habia seis años que con su pequeña tropa estaba retirado en la Cartuja. Fué indecible la afliccion de todos sus hijos cuando se consideraron en la triste necesidad de separarse de su amado padre; y no hallaron consuelo sino en la resolucion que tomaron todos de seguirle y de acompañarle. Mantuviéronse firmes en ella por mas que hizo nuestro santo para persuadirlos á que no abandonasen aquella soledad, empeñádoles su palabra de que muy presto daría la vuelta. No los pudo reducir, respondiéndole todos que, como estuviesen en su compañía, siempre serian solitarios, y con efecto le siguieron.

Encargó san Bruno el cuidado de su ermita á Seguin, abad de Casa Dios; y recibida la bendicion de

san Hugo, partió á Roma con seis compañeros. Fué recibido del papa con todos los testimonios y demostraciones de estimacion y de afecto que se pueden imaginar. Detúvole cerca de su persona, y le hizo de su consejo eclesiástico para consultarle en los negocios de conciencia y de religion. A sus compañeros se les dió una casa en la ciudad, donde procuraban vivir retirados, y practicar sus ejercicios monásticos como en la soledad de la Cartuja; pero presto experimentaron que no hallaban aquella facilidad para la meditacion, para el coro, para la oracion, y para el recogimiento que se habian prometido; y que el ruido y bulla de la calle turbaba mucho aquel amable silencio, que solo podian encontrar entre las rocas, y aquel dulce sosiego que habian perdido por culpa suya. Poca dificultad tuvo san Bruno en persuadirlos que se volviesen á su amada soledad. Nombró por prior en su lugar á Landuino; y recibida la bendicion del papa, con un breve dirigido á san Hugo para que los volviese á poner en posesion de su desierto, se restituyeron á la Cartuja.

Pero luego que volvieron á los ejercicios de su primitivo fervor, faltó poco para que del todo los perdiese una violenta tentacion. Sobresaltado el demonio á vista de aquellos primeros principios, les metió en la cabeza que era tentar á Dios empeñarse en una vida tan rigurosa y tan superior á las fuerzas de la naturaleza. Conferenciando un dia sobre este punto, se les apareció un venerable anciano, y les dijo que no tenían razon para desconfiar de la asistencia del cielo, y que la santísima Virgen los tomaria á todos debajo de su especial proteccion, con tal que todos fuesen muy exactos en rezar cada dia las siete horas canónicas de su oficio parvo. Dicho esto, desapareció el santo viejo, que todos conocieron era el apóstol san Pedro; y consagrándose todos á la santísima Madre

de Dios, pusieron toda la órden bajo su proteccion, renovaron el propósito de no abandonar el desierto, de no admitir la mas mínima moderacion en la severidad de su instituto, y al instante se disipó aquella tentacion. De aquí tuvo principio la ley de los cartujos de rezar todos los dias cada uno en particular el oficio parvo de la Virgen.

Entre tanto, no pudiendo san Bruno obtener licencia del papa para volverse á la dulce compañía de sus queridos hijos, los instruía y los esforzaba continuamente por medio de sus cartas. Pero haciéndose cada dia mas dura y mas tediosa la estancia en la corte de Roma, y suspirando incesantemente por su amada soledad, hubiera, en fin, conseguido á fuerza de reiteradas instancias, el permiso que solicitaba, si á este tiempo no hubiesen llegado á Roma los diputados de Regio en Calabria con la pretension de que se les diese á Bruno por arzobispo. Gozosísimo el papa de ilustrar la Iglesia de Dios con tal prelado, se le concedió al instante; pero Bruno le importunó tanto con sus ruegos y con sus lágrimas, que al cabo cedió su Santidad, y le dió licencia para que se volviese á su desierto. No obstante este permiso, y el habersele admitido la renuncia del arzobispado, entró en nuevas dudas sobre si le se convendría ó no retirarse á su antigua soledad. Estaba el papa para partir á Francia, y rezelaba que, hallándose en el reino la corte pontificia, le empeñasen en nuevas ocupaciones y negocios; por lo que, teniendo noticia de que habia en el centro de la Calabria un desierto aun mucho mas horroroso que el de la Cartuja, resolvió no pensar ya mas en esta, y desterrarse para siempre de su país. Retiróse, pues, con algunos discípulos que habia juntado al desierto de la Torre, en el obispado de Squilache, donde, añadiendo todavía nuevos grados á su primer fervor, se entregó totalmente á la contempla-

cion y á los ejercicios de la mas rigurosa penitencia. Con todo eso, no pudo olvidar en Calabria ni á sus amados discípulos de la Cartuja, ni á sus antiguos amigos de la iglesia de Reims. Así, pues, escribió una carta muy eficaz y muy viva á Ralfo el Verde, preboste de aquella santa iglesia, trayéndole á la memoria la promesa que en otro tiempo habian hecho ambos á Dios de renunciar el siglo para siempre, y le exhorta poderosamente á cumplir con la obligacion de este voto. Es cierto que no hace mencion el santo del espantoso prodigio que dió ocasion á su retiro; pero se cree que esto nació de cierta delicadeza de conciencia por no herir el honor ni renovar la llaga en los parientes de aquel infeliz doctor.

Cuanto mas cuidado ponía san Bruno en ocultarse, tanto mas se complacia la divina Providencia en darle á conocer al mundo. Saliendo un día á cazar en el bosque de Squilache, Rogerio, conde de Sicilia y de Calabria, quedó extraña pero gustosamente sorprendido viendo capilla, celdas y solitarios en aquel desierto. Trabajó conversacion con san Bruno; y habiéndose informado de su manera de vida, quedó tan prendado, y formó tan alto concepto de la virtud y del extraordinario mérito de nuestro santo, que, en señal de lo mucho que le veneraba, hizo dar mayor extension á su ermita; asignóle una posesion que estaba cercana á ella, juntamente con el monasterio de San Juan, todo para su manutencion, y mandó edificar una iglesia que san Bruno dedicó al instante á la santísima Virgen, su tierna y favorecida devocion. Visitaba continuamente al santo el piadoso conde, y cada día le manifestaba su amor y su veneracion con nuevos beneficios, de lo que tardó poco en recibir la recompensa; porque, habiendo puesto sitio á la ciudad de Capua, y estando en vísperas de ser asesinado por una alevosía, se le apareció en sueños san Bruno, y advirtióle la

conjuracion hecha contra su vida; pudo el conde prevenirla, y mientras vivió, conservó al santo perpetuo y muy vivo reconocimiento.

Tenia san Bruno muy presentes á sus primeros discípulos de la Cartuja, y así les envió ciertas constituciones para que en todas partes fuese uniforme la vida de los cartujos. Con este mismo fin, hizo un viaje á Calabria Landuino, á quien el santo habia nombrado por prior en su lugar para conferenciar con él todas las cosas. Pero no bien se habia puesto en camino para restituirse á Francia, cuando cayó enfermo san Bruno con cierto y claro conocimiento de que aquella enfermedad le habia de llevar á la sepultura. Entonces todo creció visiblemente en él: su fervor, su devocion, su zelo, y hasta su misma penitencia. Conociendo que se acercaba su última hora, convocó á todos sus monjes, hizo en su presencia la protestacion de la fe, particularmente sobre los artículos de la santísima Trinidad, de la Encarnacion, de la muerte de Jesucristo generalmente por todos los hombres, y en fin, sobre todos los sacramentos; pero inculcándose con especialidad sobre el sacramento de la Eucaristía, explicándose sobre él mas difusamente á causa de los errores de Berengario, que tanto escándalo y tanta turbacion habian causado en los fieles. El domingo siguiente 6 de octubre, recibidos todos los sacramentos, armado con su cilicio, y un devoto crucifijo arrimado á los labios, entregó apaciblemente su espíritu en manos de su Dios el año de 1101, aun no cumplidos los cincuenta de su edad, al décimocuarto de la fundacion de la Cartuja en el Delfinado, y al quinto despues de su retiro á la Calabria.

Fué honoríficamente enterrado su cuerpo en la iglesia de Nuestra Señora, que tambien se llamaba de San Estéban, y se le dió sepultura detrás del altar mayor, haciéndola gloriosa el Señor con mucho nú-

mero de milagros. Fué el primero de todos una milagrosa fuente que el mismo día de su entierro brotó junto á su sepultura, cuyas aguas fueron saludables para todo género de enfermedades. Comunicado á sus hijos el espíritu de retiro, de soledad, de silencio y de humildad que resplandeció en el santo patriarca, se contentaron por largo tiempo con invocarle en particular, sin hacer fiesta pública á su ilustre fundador, hasta que en el año de 1514 el papa Leon X mandó que se solemnizase públicamente su fiesta el día 6 de octubre. Entonces elevaron el santo cuerpo los cartujos de Calabria para exponerle á la pública veneracion. Colocáronle despues debajo del altar mayor; aunque para satisfacer la devocion de los pueblos separaron su santa cabeza, y la engastaron en un preciosísimo relicario, enviando á la gran Cartuja la mandíbula inferior con dos dientes. Tambien se repartieron varias reliquias á las Cartujas de Colonia, de Nápoles, de Paris, de Friburg, de Brigau, de Bolonia, y á algunas otras. El papa Gregorio XV mandó insertar su oficio en el breviario romano; y Clemente X ordenó que se celebrase con rito doble.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Calabria, san Bruno, confesor, fundador del orden de Cartujos.

En Laodicea, san Sagar, obispo y mártir, que fué uno de los antiguos discípulos del apóstol san Pablo.

En Capua, la fiesta de san Marcelo, san Costo, san Emilio y san Saturnino, mártires.

En Agen de Francia, la fiesta de santa Fe, virgen y mártir, por cuyo ejemplo animado san Caprais al martirio, terminó felizmente su combate.

Y tambien santa Erólida, mártir, que, abrasada de amor por Jesucristo, salió victoriosa de las llamas.

En Tréveris, la conmemoracion de un sinnúmero de mártires que perecieron con diferentes géneros de suplicios por la fe de Jesucristo, bajo la presidencia de Ricciovaro, en la persecucion de Diocleciano.

En Auxerre, san Roman, obispo y mártir.

En Oderzo, san Magno, obispo, cuyo cuerpo descansa en Venecia.

En Poitou, san Prouents, venerado como mártir en Beze de Borgoña.

En Vaison, san Barto, obispo, sucesor de Quiniz.

En Gueret en la Marca, san Pardou, abad de dicho lugar, cuyo cuerpo es venerado en Arnac, cerca de Pompadour.

En Remiremont, santa Modesta, virgen, religiosa.

En la diócesis de Mende en Gevaudan, santa Enimia, virgen.

En el Belley en Bresse, el venerable Artaud, obispo de dicha ciudad, cartujo, venerado de los pueblos por las maravillas obradas en su sepulcro.

En Paflagonia, san Nicetas el Patricio, confesor.

En Sorrento en el reino de Nápoles, san Renato, obispo de aquella ciudad.

En Novara en el ducado de Milan, san Algis, obispo.

En Virsbourg, san Adalberon, obispo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente :

Sancti Brunonis confessoris
tui, quæsumus, Domine, inter-
cessionibus adjuvemur, ut
qui majestatem tuam graviter
delinquendo offendimus, ejus
meritis et precibus nostrorum
delictorum veniam conse-
quamur. Per Dominum nos-
trum...

Suplicámoste, Señor, que
seamos ayudados con la inter-
cesion de tu confesor san Bru-
no, para que consigamos por
sus méritos y oraciones el per-
don de nuestros pecados, puesto
que con nuestras graves culpas
hemos ofendido á vuestra Ma-
jestad. Por nuestro Señor...